

¿Réquiem por los partidos políticos?

VÍCTOR ALARCÓN OLGUÍN

259

Los partidos políticos viven nuevamente un extraño paralelismo con la “crisis” que ya se les pronosticaba desde los inicios del siglo XX por los clásicos textos de James Bryce, Moisei Ostrogorski, o Roberto Michels. Desde ese entonces, permítaseme recordar la divisa común de todos estos trabajos, misma que apuntaba hacia el hecho de que los partidos políticos se limitaban a presentarse como “maquinarias electorales” concentradas en la mera manipulación de las masas ignorantes (Bryce); que los partidos devanían en organizaciones inflexibles en la circulación de sus ideas e intereses (Michels); o en el mejor de los casos, que los partidos sólo podían representar a segmentos parciales de la sociedad por períodos limitados de tiempo. (Ostrogorski).

De esta forma, el siglo pasado transcurrió con expectativas poco halagüeñas para los partidos de alcance parlamentario, en tanto el descrédito de las promesas democráticas liberales no se pudo desprender enteramente de las herencias del monarquismo constitucional y el individualismo. De ahí que con mucha facilidad, el pensamiento marxista pudo abarcar la forma partidaria como un eje de manifestación para los llamados sujetos revolucionarios colectivos. Consecuentemente, el partido-masa y el partido como actor vanguardista se convirtieron en las dos fórmulas más socorridas para sintetizar el predestinado ascenso de la clase proletaria en sus diferentes versiones por cuanto epicentro de las principales transformaciones igualitaristas del poder.

El partido político se mimetizó entonces con una pretensión excluyente de la representación y participación políticas. Dentro del partido era todo, fuera de éste no podía existir nada. La forma partido dentro del marxismo alcanza características muy precisas con autores como Lenin, Mao y Gramsci, al presentarse como ejemplos de la hegemonía y del dominio

dictatorial-instrumental que debían cumplirse con su desarrollo. El partido se convertiría en sinónimo inicial de división social y de lucha; pero posteriormente se torna en mecanismo de unificación y control corporativo al servicio del Estado, tanto en sus versiones comunista y fascista. Pero también las aportaciones del partido corporativo fascista elaboradas desde pensadores católicos como Mihail Manoilescu, Luigi Sturzo e incluso Carl Schmitt, dieron una equidistante, pero igualmente eficaz percepción de convertir al partido político en una estructura de poder burocrático y plebiscitario, dando paso así a la figura del Partido-Estado-Movimiento.

La fuerte rivalidad producto de la Guerra Fría entre el capitalismo y el socialismo provocó que el uso del partido político dentro de las democracias liberales se fuera acotando a una simple expectativa que pudiera asociarse con la definición de las preferencias de los votantes, tal y como lo reflexiona la teoría de la elección racional. En contraste, la percepción totalitaria-autoritaria de que el partido político era más bien un aparato de prensa y propaganda de los líderes hacia clara un hecho: esto es, que los partidos cada vez contaban menos en calidad de realidades autónomas y tampoco ya lo hacían como actores verdaderamente influyentes (más allá del espacio legislativo) para orientar el sentido y expresión de las necesidades de la población.

De esta manera, al finalizar el siglo XX, encontramos que la credibilidad y efectividad de los partidos políticos presentan un conjunto de áreas problemáticas de particular importancia. En primer término, con frecuencia se alude al estancamiento de la oferta ideológica de los mismos, no obstante que las condiciones pos-materiales de las sociedades modernas han generado movimientos como el ecologismo, las demandas de pensionados y jubilados, o las reivindicaciones genéricas, mismas que son ahora las divisiones sociales centrales sobre las cuales se están concentrando los esfuerzos de atraer a clientelas cada vez más segmentadas.

Por otra parte, la modificación de los sistemas de integración política y la consiguiente permanencia de la representación proporcional hace que los partidos políticos hayan disminuido sus expectativas de formación mayoritaria de gobiernos y se lancen ahora hacia la estrategia más práctica de configurar coaliciones o alianzas que les permitan garantizar su permanencia y acceso a las prerrogativas que se llegan a conceder en materia de financiamiento público; dicha cuestión es significativa dentro del llamado "Estado de Partidos", en donde se asume la obligación gubernamental

mental de proveer mayoritariamente, o en su totalidad, con los recursos necesarios a las agrupaciones políticas bajo reglas y límites legales precisos, a cambio de mantener condiciones de transparencia y equidad en la competencia dentro de cada proceso electoral.

Sin embargo, en diversas partes del orbe contamos con un fenómeno contrastante, relativo al predominio de los grandes poderes financieros privados y empresariales que terminan condicionando la actuación futura de los partidos y sus gobernantes, en tanto se les commina hacia el cumplimiento de compromisos específicos que muchas veces se hallan totalmente alejados de los planteamientos ideológicos que inicialmente los partidos ofrecen a los votantes. En este sentido, la distorsión de las campañas políticas como producto de las estrategias de mercadeo y compra masiva de espacios en los medios de comunicación, remiten a un proceso de minimización conceptual y operativa de los partidos de cara a la sociedad. Los partidos y sus candidatos se tornan sólo en frases simples e imágenes que duran unos cuantos segundos. Esto hace que los partidos políticos pierdan contenido y profundidad, con lo que los electores guían sus preferencias de manera cada vez más intuitiva.

Al mismo tiempo surge una paradoja: las nuevas exigencias que marca este tipo de modelos de competencia han obligado a una profesionalización de las organizaciones, por cuanto se deben establecer modelos de administración y gerencia en donde se pone mayor atención al funcionamiento burocrático interno del partido, dejando marginadas otras labores importantes como la formación ideológica de cuadros o la gestoría y el contacto cotidiano con la sociedad.

Una visión de conjunto de este tipo de problemáticas que aquejan a los partidos políticos tanto en su ámbito organizativo, como también para su legitimidad y presencia en tanto instituciones que permiten la configuración de las opiniones colectivas, son entonces motivo del análisis actual por parte de los especialistas. La idea de tener "partidos sin militantes" es muy frecuente, pero también lo es poder hablar ahora incluso de "partidos virtuales" en tanto una alternativa novedosa que se ha desarrollado gracias a la propia evolución tecnológica, lo que también nos habla de un futuro quizás basado en el voto electrónico y la "democracia digital". En suma, nos muestran que los partidos siguen poseyendo un importante nivel de atracción que no está siendo ignorado y que justamente nos muestra la frescura que tienen los viejos y nuevos temas en que discurren los par-

tidos dependiendo desde luego, de la región y el área de análisis funcional que se trate.

Como ejemplo claro que permite condensar buena parte de los temas abiertos por esta agenda múltiple que hemos reseñado, puede mencionarse al volumen colectivo *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, coordinado por Richard Gunther, José Ramón Montero y Juan J. Linz.¹ Desde luego, la bibliografía especializada en partidos políticos aplicada a estudios de caso es amplísima y desborda cualquier pretensión de recuento inmediato. El libro aquí mencionado posee una rara cualidad común: reúne trabajos fundamentalmente centrados en un esfuerzo de conceptualización y teorización, a efecto de ubicar cuál es el lenguaje y posibles metodologías que nos permitan abordar comparativamente a dichas instituciones políticas pese las disparidades regionales y funcionales que se manifiestan a lo largo del orbe.

En la introducción al volumen que aquí comento, Gunther y Montero ubican tres grandes territorios de estudio para los partidos: a) explicar las razones económicas y sociológicas de su declive; b) ubicar cuáles son las insuficiencias técnicas y conceptuales que mantienen a los partidos con una carencia de nuevas ideas y estrategias en los campos del gobierno y electoral; y c) tratar de encontrar condiciones parsimoniosas en el campo metodológico que permitan optimizar su estudio desde los ámbitos organizativos.

Un factor concluyente indica que los partidos siguen presentes y desempeñan un papel central y necesario para las democracias modernas, a pesar de la emergencia de nuevos movimientos sociales y los esfuerzos de esquemas de participación y gobierno directos, mismos que aducen ser más eficaces que el trabajo parlamentario y de intermediación desarrollados por dichas instancias. Los partidos sobreviven a pesar de haber perdido terreno en los esquemas clásicos tales como el de las divisiones sociales que designaban grandes alineamientos que permitían recorrer agendas completas en donde la centralidad y convergencia de los partidos permitían ser factor referencial de las agendas y las políticas públicas. Hoy, dicha acción es cambiante y colocada en temas específicos y con niveles de influencia temporal muy acotados. (estas aproximaciones tra-

¹ Dentro del volumen también se encuentran colaboraciones de Stefano Bartolini, Jean Blondel, Hans Daalder, Jonathan Hopkin, Richard Katz, Peter Mair, Hans Jürgen Pule, Serenella Sferza, Mariano Trocal y Steven Wolinetz.

tan de reflejar los argumentos expuestos en los trabajos de Hans Daalder, Hans Jürgen Pühle y Stefano Bartolini, respectivamente)

La mejoría en la calidad de vida significa un factor nítido que ha vuelto a los individuos menos dependientes de las promesas partidarias. Aunque si bien se puede hablar del surgimiento de votantes cada vez más estratégicos, sobre todo en las democracias pos-materialistas, es evidente que no se puede ignorar por contraste la persistencia de comportamientos cercanos a los fenómenos carismáticos y caudillesscos de corte anti-partidario, mismos que siguen permeando a las características de competencia entre los partidos dentro de los países con grados bajos de institucionalización política y democracia. En este aspecto vale la pena detenerse en reflexionar que la caída del asistencialismo y de la era “atrapa-todo” de los partidos, como lo analiza Steven Wolinetz.

Aquí resulta claro que los desafíos por mantener un mundo secular que se aleje de los fundamentalismos no es en lo absoluto una empresa que sólo toque a los menos desarrollados, sino que la interacción global ha intensificado el acortamiento de las distancias entre las realidades nacionales y ello pone en relevancia el retorno de los factores étnico-culturales y confessionales en tanto líneas divisorias que pretenden explicar la falta de respuestas de un pensamiento racional y universalista basados en la eficiencia distributiva de bienes y valores. En muchas ocasiones, los partidos grandes o pequeños se quedan rezagados para enfrentar tales expectativas, aunque en algunos casos de cambio/transición pueden haber desempeñado el papel de catalizadores que permiten romper con las inercias o se caracterizan por ser amalgamas que dieron cuerpo a los movimientos de corte oposicionista dentro de las dictaduras o los autoritarismos, (Por ejemplo, Richard Gunther y Jonathan Hopkin revisan el caso de la Unión Centro Democrático (UCD) española de Adolfo Suárez,)

Sin embargo, la reconversión y reconfiguración de los partidos políticos frente a los movimientos sociales no parecería estar carente de buenos resultados. La evidencia empírica bien puede indicar la desaparición de los grandes agrupamientos que estaban asociados con los regímenes totalitarios, pero ello no elimina que el terreno de la competencia electoral obliga a la presentación de candidatos o fórmulas que deben pelear por el acceso al poder. Ello mantiene una adhesión muy importante al estudio de los sistemas electorales y las maneras en que los partidos procuran influir y determinar condiciones preferentes para facilitar su permanencia

y eventual institucionalización. De esta manera, ante las presiones del declive y el desalineamiento, los partidos logran mostrar una hoja de servicio aceptable aunque no enteramente eficaz, ya que por lo menos se puede alegar que intentan mantenerse dentro del terreno de juego.

Igualmente, cabe identificar que la eficacia partidaria va en íntima asociación justamente con la densidad de las instituciones políticas, esto es, visualizar los efectos que la competencia entre partidos puede dar para la estabilidad y la integración de los cuerpos de representación y gobierno. Los partidos se vuelven incapaces por sí mismos de poder asimilar y asumir sobre sus hombros, con todas las responsabilidades y expectativas del cambio y / o la estabilidad.

De ahí que no puede dejarse de lado la necesidad de revisar viejas aseveraciones que ligan la salud de los sistemas de partido no sólo a definir si el número de competidores influye o no en su eficacia, sino que también pueda seguirse determinando si explicaciones tales como la identidad y lealtad partidaria sean capaces de adaptarse justamente a las nuevas expectativas y configuraciones de los electores. Esto es, hablar de teorías que no se han adaptado o que simplemente no pudieron seguir cumpliendo con su cometido, en tanto el tipo de partidos que fueron pensados en el pasado han terminado u simplemente se fueron a otra parte adoptando nuevas pautas que si bien se pudieran ver inicialmente como antisistémicas, más bien han venido a anticipar las nuevas reglas de acción de las democracias occidentales en la era de la globalidad.

Un hecho de significación es encontrar que los estudios sobre los partidos políticos ya no se adhieren de manera exclusiva hacia la configuración de los entornos ambientales (reglas de competencia), sino que han derivado hacia un fortalecimiento de la dimensión introspectiva, es decir, de la organización interna, reflejado en temas tales como la dinámica del reclutamiento, así como la permanencia y la movilidad de los militantes y los liderazgos. (Aqui cabe remitir al trabajo de Serenella Sferza sobre el caso específico del Partido Socialista Francés)

De esta forma, una preocupación constante manifiesta dentro de los análisis aquí reseñados, nos coloca en el abandono de las posturas minimalistas dominantes, para remitirnos ahora a un “enfoque extensivo” con implicaciones multifactoriales y multidimensionales que se desarrollan dentro de temporalidades y secuencias simultáneas. En este sentido, estamos quizás ante la superación del enfoque del individualismo metodoló-

gico que veía a los partidos como estructuras unitarias sin aparentes distorsiones internas, para así pasar a una etapa en donde los partidos deban ser revisados con detenimiento en sus diversos ámbitos más allá de lo electoral. Esto es, como lo arguye Juan J. Linz en su ensayo incluido en este libro, los partidos no sólo compiten, sino coexisten y pueden asumirse incluso como actores que se complementan unos a unos más allá del mero contexto de las alianzas, en tanto justamente pueden acometer una funcionalidad de integración social que muchas veces va más allá de la negociación cotidiana del poder político o de la gobernabilidad.

Este fenómeno no debe hacernos olvidar tampoco que los partidos políticos son estructuras vulnerables, en tanto que muchos de sus lineamientos surgen o se sustentan en modelos "típico-ideales" pensados a la usanza weberiana. Esto es, visualizar a los partidos con base a un objetivo que oscila entre el voto, la oficina pública o el vínculo social de integración/representación. Bajo esa premisa, los partidos aparecen nuevamente atrapados en un reduccionismo metodológico que terminan colocándolos en esquemas organizativos que deben adaptarse a dicho fin, como lo son los partidos "atrapa-todo", los partidos "cartel", o los partidos basados en la relación entre élite y masa o del líder y la masa. (Esto es revisado con detalle en el texto de Richard Katz y Peter Mair)

Esta suerte de camisa de fuerza coloca a los partidos como actores que no tendrían mayor problema explicativo en tanto sólo tendríamos que atenernos a su mera descripción morfológica o genética. Sin embargo, una nueva manera de emplear dichos esfuerzos metodológicos del pasado se remite al punto de tratar no la funcionalidad, sino las anomalías, a efecto de poder ubicar problemas como el corporativismo, el clientelismo o la corrupción existente dentro de las relaciones partido-gobierno.

Consecuencias interesantes en la detección de estos problemas repercuten para abrir explicaciones acerca del "transfuguismo" y el "oportunismo" que se observan entre militantes de partidos políticos. E igualmente, nos permite redimensionar también los viejos fenómenos del faccionalismo y el fraccionalismo interno con los que se enfrenta el control de los partidos, aunque en esta ocasión vislumbrándolos como una variable central para valorar la permanencia de las organizaciones partidarias en contextos de baja institucionalización interna o donde se ven presionados por una fuerte competencia proveniente de nuevos partidos que puedan o no disputarle su lugar dentro del sistema de competencia. (El texto incluido

de Jean Blondel en este trabajo colectivo es muy acucioso sobre esta materia)

Adicionalmente, los dilemas organizativos de los partidos y la puesta a punto de la desconfianza que se asocia con su desempeño reciente, nos proyecta entonces a problemas como lo son el abstencionismo y el alejamiento sistemático del elector bajo la idea ciertamente peligrosa de que la democracia electoral y de partidos no es atractiva. Siguiendo por esta línea de reflexión, los partidos políticos trazan una serie de retos que los definen hacia una estrategia de corte "restauracionista" en buena parte de los países del orbe, en tanto deben mostrar capacidad de desempeño, imagen y valores que les permitan volver a reflejar el cúmulo de funciones y expectativas tradicionales que usualmente van asociados con su funcionalidad dentro de las democracias.

266

La ausencia de esta recuperación hace que los sistemas de partido y los regímenes políticos en general estén siendo atacados por nuevas oleadas de autoritarismo y populismo, cuyo objetivo se centra en el ataque mismo a los partidos tradicionales, así como a las instituciones que puedan significar fuentes de contrapeso a las redes de influencia y control social. De esta manera, el ataque a los partidos termina por involucrar a los congresos o los jueces que osen confrontar a los ejecutivos fuertes que vuelven a poseer una fuerza atractiva en medio de las crisis económicas, particularmente en los países menos desarrollados y con tendencias recurrentes hacia la subcultura política del patronazgo y el providencialismo mesiánico.

El antipartidismo, a decir de Mariano Torcal, Richard Gunther y José Ramón Montero, cuando estudian los fenómenos neoconservadores anti-partido en el sur mediterráneo europeo, terminan por encontrar una serie de lineamientos que combinan muchos de los efectos más nocivos de la política tradicional pero haciendo uso de los medios tecnológicos y del poder económico, en tanto explotan las viejas polémicas regionalistas, los sentimientos anti-inmigración ante la supuesta amenaza de los niveles de vida, o incluso la supuesta "contaminación cultural" que proviene del sentimiento que se manifiesta en contra de una mayor integración dentro de la propia Europa.

Vale la pena concluir este comentario retomando varios de los elementos aportados por Juan J. Linz, en el sentido de que los partidos políticos deben combatir su tendencia a la partidocracia, a mejorar su funciona-

miento al margen del tipo de régimen político y el sistema electoral que se utilice para la integración del poder (aunque Linz insista en que los regímenes parlamentarios son más "adecuados" para garantizar una mejor representación de los intereses), así como a recuperar la confianza general de la población en tanto intenten convertirse de nuevo en actores no sólo de posturas estridentes, sino que puedan integrar y proyectar acciones de gobierno mediante la aplicación de una democracia de consensos.

En este aspecto, las expectativas futuras sobre los partidos deberán centrarse sobre aspectos como la transparencia financiera y un ejercicio de intereses no corrupto; en una búsqueda del ciudadano más allá del voto, y finalmente, en la reconstrucción de sus valores a partir de la profesionalización que pueda corregir al resurgimiento populista que nos haga caer en retrocesos atentatorios a nuestras libertades democráticas más esenciales. En síntesis, considero que esta obra colectiva de Gunther, Montero y Linz significa un poderoso aliciente para perseverar en la idea de que los partidos políticos siguen siendo necesarios para promover la convivencia entre individuos que aspiren a un uso adecuado del poder y la representación.

Gunther, Richard, José Ramón Montero y Juan J. Linz (eds.), (2002), *Political Parties. Old Concepts and New Challenges*. Oxford, Oxford University Press, 362 pp.